

Knud Rasmussen

**MITOS Y LEYENDAS  
INUIT**

Edición, prólogo y traducción del danés  
de Blanca Ortiz Oсталé

 Siruela

Biblioteca de Cuentos Populares

# Índice

<i>El hombre al que precedía su sonrisa</i>	11
---	----

## MITOS Y LEYENDAS INUIT

<b>La visión inuit del mundo</b>	19
La aparición de los hombres hace mucho, mucho tiempo	21
Sol y Luna	23
Venus	25
Nalíkatêq	26
El hombre luna y el ladrón de entrañas	31
Cómo apareció «la fuente de carne»	33
Los espíritus del trueno	35
Cómo apareció la niebla	37
El país de los muertos en el cielo	42
El país de los muertos en el inframundo	47
La anciana que visitó el país de los muertos	50
El viaje de Nivigkana al país de los muertos	52
Anngiak, el niño traído al mundo en secreto	54
El alma que pasó por todos los animales	57
<b>Fábulas de animales</b>	61
Piojos	63
La mujer que se casó con una gamba	65
La carrera del piojo y el gusano para llegar hasta el hombre	67
El cuervo casadero	68
La mujer que crió un gusano	70
La mujer que se casó con un perro	71

El hombre que se casó con un zorro	72
La mujer que se casó con un zorro	73
La niña perdida que se encontró con un zorro con forma humana	79
Los osos que cazaban belugas en una grieta	81
La mujer que adoptó a un oso	84
La larva	86
La mujer que tomó por esposo a un gran gusano cuando estos aún tenían rostro humano	87
Los osos que tenían apariencia humana	89
El hombre que se casó con un somormujo	91
El solterón cortejado por los insectos	92
La ballena y el águila	96
Cuando los cuervos hablaban	100
<b>Leyendas épicas</b>	101
Kunuk, apodado Uiartoq (el que dio la vuelta al mundo)	103
Los dos amigos que quisieron ver el mundo	114
Mitsima, el que murió congelado	115
El perro gigante	116
<b>Historias de muerte y venganza</b>	119
Los gansos que devolvieron la vista al ciego	121
El huérfano que se vengó de siete enemigos a un tiempo	125
Igimarasugssugssuaq	131
La leyenda de Pigssik, el caníbal	135
El hombre que no respetaba el tabú	138
La vieja canosa	140
Paatusoorsuaq, el que asesinó a su tío	142
El espíritu del estiércol	144
Qaqaatsuliit	145
El abuelo, el nieto y los hombres furiosos y malvados que llevaban sus pieles impermeables	148
Pamêq	153
<b>Encuentros con otros pueblos</b>	157
La leyenda de los Qavdlunâtsiait	159
Pukkitsulik, el Holandés	161
El robo frustrado de los hombres blancos	168
Tissikoorsuaq	170
El tuerto del interior en el monte Kingittoq	172
Kamikinnak	176
El cazador que visitó a los enanos Qallakitsoq y Makkutooq	182

El solterón y el remo de hueso de esternón	187
Allarneq, el gran glotón	190
Usorsaq, cola de cuchillo	192
Iliarsunnguit (los huérfanos)	194
Suakak, la mujer que se casó con un habitante del interior	197
El chamán de Kuugarmiut	199
Seersoq, el enano montañoso	205
Los indios	208
La historia del hechizado al que los demás no podían ver	209
<b>Cuentos curiosos</b>	213
El gigante	215
La mujer que tenía cola de hierro	216
El comilón	217
El oso, el «colacuchillo» y el «lomo de sierra»	218
Hambre	222
<b>Glosario</b>	225



Knud Rasmussen

## Prólogo

### *El hombre al que precedía su sonrisa*

El 21 de diciembre de 1933 toda Dinamarca se vistió de luto. Acababa de perder a su último gran héroe; a un explorador polar que llevó a cabo una hazaña que presenció el mundo entero; a un hombre fascinante que tenía dos corazones —uno inuit y otro europeo— y que, ya adulto, regresó al paraíso perdido de la infancia en busca de una cultura que empezaba a apagarse; a Knud Rasmussen o, como lo llamaban, el hombre al que precedía su sonrisa.

Knud Rasmussen nació en 1879 en Jakobshavn —la actual Ilulissat—, una pequeña población situada en la costa oeste de la colonia danesa de Groenlandia, y fue el mayor de tres hermanos. Su padre, pastor protestante, era danés y su madre, nacida en la colonia, era danesa e inuit. Como los niños locales, Knud se crió en completa libertad. Tuvo una infancia feliz en la que aprendió a hablar groenlandés y a manejar con soltura un trineo de perros, dos habilidades que más adelante le resultarían decisivas. Fue en aquellos años de la infancia cuando oyó contar a una anciana una leyenda que quedaría grabada para siempre en su memoria: la historia de los legendarios pobladores del norte, las gentes más septentrionales del planeta. Desde aquel momento, su meta fue encontrarlos.

El universo de Knud se desbarató en 1891 cuando su familia lo envió a Dinamarca a continuar sus estudios. A la edad de doce años se vio arrancado del mundo que conocía e inmerso en otro totalmente distinto donde regían otras reglas y lo aprendido hasta entonces le servía de muy poco. Fueron años difíciles de malas calificaciones y cursos repetidos, años de nostalgia y sueños con los paisajes helados, pero felices de la infancia. A pesar de los escollos, supo desde el primer momento ganarse a sus profesores y a sus compañeros. Cuenta uno de ellos que su llegada al instituto estuvo precedida por todo tipo de rumores y que era aguardada con gran

expectación. ¿Cómo sería? ¿Muy esquimal? Cuando llegó comprobaron que se le entendía al hablar, sí, pero tenía el cabello fosco y oscuro, la nariz aguileña y un potente chorro de voz. No tardó ni dos segundos —como haría toda su vida— en meterse a todo el mundo en el bolsillo y destacar como un buen camarada ingenioso y divertido. A pesar de sus escasos 1,65 metros de estatura, conquistaba a cuantos lo rodeaban a fuerza de encanto, carácter e imaginación a la hora de contar historias.

Concluidos los estudios, Knud no acababa de encontrar su camino y probó fortuna sin demasiado éxito en diversos campos, entre ellos la ópera y el teatro. Siempre tuvo muy claro que quería regresar a Groenlandia, pero ahora que su familia al completo se había trasladado a Dinamarca, carecía de los medios para ello.

En el año 1900 dio al fin con la senda que seguiría toda su vida. Tras conseguir un trabajo como corresponsal de un periódico por mediación de su padre, pudo unirse a una pequeña expedición cuyo destino era Islandia. Allí conoció al periodista, etnólogo y explorador Ludvig Mylius-Erichsen, un encuentro que marcaría su destino. Cuando, en 1902, Mylius-Erichsen organizó la Expedición Literaria a Groenlandia, no dudó en contar con aquel joven que podía aportarles su experiencia y sus valiosos conocimientos. El 1 de junio de 1902 zarpó, pues, de Copenhague la expedición integrada por Mylius-Erichsen —al frente del grupo—, el pintor Harald Moltke, el médico Alfred Bertelsen y un jovencísimo Rasmussen de solo 22 años. Una vez en su destino se les sumó Jørgen Brønlund, groenlandés y compañero de la infancia de Knud, que los acompañó en calidad de intérprete. El objetivo «oficial» de la expedición era recoger material de carácter antropológico y sociológico para luego plasmarlo en textos, dibujos y pinturas, así como estudiar el estado de las relaciones entre Dinamarca y Groenlandia; la realidad era que los impulsaba una sed infinita de aventuras.

Durante el viaje, que duró de 1902 a 1904, Knud comenzó a recopilar los mitos y leyendas que le narraban los groenlandeses, labor a la que dedicaría gran parte de su vida. Cuenta Moltke en sus escritos que, mientras que las entrevistas que hacía Mylius-Erichsen con ayuda del intérprete tenían más de interrogatorio que de amigable charla, Knud sabía ganarse la confianza de los groenlandeses con un humor chispeante que los nativos apreciaban mucho, de modo que de las tiendas y casas que visitaba siempre salía un coro de risas. Esto no ayudó a mejorar las ya tensas relaciones con Mylius-Erichsen, quien veía en Rasmussen un rival capaz de arrebatarse el mando de la expedición y, tal vez, la gloria.

Uno de los grandes hitos de la Expedición Literaria fue, sin duda, el encuentro en cabo York con los legendarios inuit polares de la infancia de Knud, que jamás habían tenido contacto con daneses. En sus libros y diarios, el explorador describe el emocionante momento en que los ve por primera

vez en medio de la ventisca, los abraza y se comunica con ellos en su propia lengua. Había cumplido un sueño. En un tiempo de exploraciones y grandes descubrimientos, la época de Shackleton, Amundsen, Peary, Scott, Nansen, los años de la conquista de los Polos, Knud Rasmussen no ambicionaba ser el primero en llegar a ninguna parte; lo que a él le interesaba eran las personas.

El regreso a Dinamarca fue el inicio de la fama. Además de entrar en contacto con los inuit polares, habían demostrado que la bahía de Melville era transitable. Recogieron sus experiencias en varios libros y artículos que les permitieron recaudar fondos y empezar a planear nuevas gestas. Sin embargo, la relación entre Rasmussen y Mylius-Erichsen se había resentido de los roces del viaje hasta tal punto que este no contó con Knud para su nuevo proyecto, la Expedición Dinamarca. Y, como se verá, fue una suerte. Los objetivos del viaje eran tan variados como completar la cartografía de la costa oriental, atravesar el inlandis o hielo interior de Groenlandia, encontrar el canal de Peary o conseguir que toda la isla quedase en manos danesas. En mayo de 1907, un pequeño grupo compuesto por Mylius-Erichsen, Brønlund y Høeg-Hagen se separó del grueso de la expedición en busca del canal de Peary. Nadie volvió a verlos con vida. Algunos meses después, un equipo de rescate encontró el cadáver de Brønlund y, junto a él, su pequeño diario negro. La última anotación decía así:

Perecí en el fiordo 79 latitud Norte tras intentar regresar atravesando el inlandis. En el mes de noviembre llegué hasta aquí a la luz de una luna en cuarto menguante y no pude avanzar más a causa de la congelación de los pies y la oscuridad. Los cuerpos de los demás se encuentran en el fiordo, frente al glaciar (a unas dos millas y media). Hagen murió el 15 de noviembre y Mylius alrededor de diez días más tarde.

Los cuerpos de Mylius-Erichsen y Høeg-Hagen no aparecieron jamás.

Rasmussen volvió a Groenlandia muchas veces más. En 1910 fundó una estación comercial junto a cabo York a la que puso el nombre de Thule. Fue su fuente de ingresos más importante durante el resto de su vida, pues en ella los inuit podían conseguir productos occidentales como café y municiones a cambio de pieles de zorro polar, que se vendían muy bien en Europa. Así Knud reunió la cuantiosa financiación que necesitaba para sus expediciones. Llevó a cabo siete más —conocidas con el nombre de Expediciones Thule—, algunas de ellas en compañía de su inseparable compañero y amigo Peter Freuchen, un gigante de dos metros que abandonó sus estudios de Medicina para hacerse explorador. Freuchen, quien, entre otras muchas proezas, tuvo que amputarse él mismo varios dedos congelados y perdió una pierna, fabricaba cuchillos con sus heces congeladas, luchó contra el nazismo como miembro de la resistencia danesa durante la Segunda



Guerra Mundial y ganó un millonario concurso televisivo en los Estados Unidos, relató sus muchas aventuras y experiencias en varios libros.

Entre las hazañas llevadas a cabo por Knud Rasmussen en las Expediciones Thule se cuenta haber sido el primero en atravesar el inlandsis, confirmar la inexistencia del canal de Peary, que en realidad es un fiordo, o lograr que su país obtuviese la soberanía sobre toda Groenlandia frente a Noruega, que reclamaba una parte del territorio; pero sin duda la mayor gesta de todas fue la lograda en una de ellas. La Quinta Expedición Thule partió de Dinamarca en 1921 y se prolongó durante tres años y medio. En compañía de un equipo de científicos, Rasmussen viajó desde Groenlandia hasta el confín noreste de Canadá. El objetivo oficial era cartografiar y estudiar aquella zona desértica, pero Knud tenía sus propios planes. Cuando, tras un año y medio, el grueso de la expedición se disponía a regresar a Dinamarca, él se separó de los demás y se lanzó al mayor reto de su vida: atravesar todo el norte del continente americano en trineos de perros y, a través de Alaska, llegar hasta Siberia en un recorrido de 18.000 kilómetros, visitando a su paso a todas las tribus inuit en busca de rasgos comunes en su lengua y tradiciones. Y lo logró. Él solo, en compañía de dos inuit polares, un joven cazador y una muchacha.

Fue una hazaña cultural que presenció el mundo entero y que demostró su teoría de que todos los inuit, desde Groenlandia a Siberia, eran un solo pueblo que, en la noche de los tiempos, había migrado siguiendo esa misma ruta que él había recorrido, pero en sentido inverso. Rasmussen regresó a la capital danesa convertido en un héroe. Había recogido por escrito varios volúmenes de leyendas y tradiciones orales de una cultura a punto de desaparecer absorbida por el mundo occidental, y ahora enviaba al Nationalmuseet de Copenhague una colección de cerca de 20.000 piezas inuit, que situaron a Dinamarca a la cabeza de la esquimología mundial. La Universidad de Copenhague nombró *doctor honoris causa* al hombre que a duras penas había conseguido acabar el bachillerato, ahora amigo íntimo del primer ministro, recibido por el rey y aclamado por el pueblo. *El gran viaje en trineo*, el libro en el que relataba sus experiencias en la Quinta Expedición Thule, se convirtió en un *best-seller*.

Knud Rasmussen, que defendió hasta el final los intereses y los derechos del pueblo inuit, fue capaz de hacer aún dos expediciones más. En 1933, durante la Séptima Expedición Thule —en la que rodó un largometraje de ficción escrito por él mismo donde mostraba la vida de los groenlandeses—, contrajo una infección estomacal. En vista de que su estado se agravaba día a día, lo trasladaron a Dinamarca, donde permaneció dos meses ingresado en un hospital hasta que, tras complicarse la enfermedad con una neumonía, murió en el mes de diciembre, cuando empezaba ese invierno del que decía que quien no lo ama es porque no lo ha vivido.

Rasmussen era consciente de que nuestra civilización acabaría devorando la cultura inuit y trató de llevar a los groenlandeses hacia el futuro con la mayor suavidad posible. Sin embargo, estaba lejos de imaginar lo que ocurriría a su muerte. En 1937, Dagmar, su viuda, vendió la colonia de Thule al Estado danés, y en 1941, se estableció una base aérea norteamericana a tan solo diez kilómetros de la estación comercial y del poblado donde vivían los inuit polares. Más adelante se les dio la orden de trasladarse a un nuevo asentamiento situado más al norte y se les concedió un plazo de cuatro días para abandonar su poblado. Nadie escuchó las protestas del consejo de cazadores creado por Rasmussen para que los groenlandeses decidieran sobre sus tierras.

El legado que Knud Rasmussen nos dejó en forma de relatos y mitos groenlandeses tiene un valor incalculable. Es el fruto de más de treinta años de laborioso trabajo en encuentros cara a cara con los hombres y las mujeres inuit que accedieron a contarle unas historias transmitidas hasta entonces oralmente de generación en generación para acortar las largas noches de invierno. Rasmussen los escuchaba a la luz de la lámpara de grasa y, tras oír cada relato, les hacía repetirlo y lo anotaba en groenlandés. Después, ya en Dinamarca, los traducía al danés, intentando respetar el estilo de cada narrador. Él distinguía dos clases de relatos:

Los oqalugtuat son los antiguos mitos de un pasado tan remoto que los inuit aún vivían al otro lado de la bahía de Hudson, muy posiblemente en la zona del estrecho de Bering. Son comunes a todos los inuit y se conocen desde Alaska hasta el oriente de Groenlandia.

Los oqalualât son historias que hablan de personas que vivieron en una época que aún se recuerda. Aunque siempre son locales y remiten a los lugares donde sucedieron, se han contagiado del carácter fantástico de las leyendas inuit y no son muy diferentes de los antiguos mitos.

A lo largo de los años, Rasmussen logró reunir una cantidad asombrosa de historias, de las que aquí presentamos solamente una pequeña selección. En los albores de una época en que los libros, el cine, la radio y la televisión —y, hoy en día, internet— reemplazarían a estos relatos orales como forma de entretenimiento de los groenlandeses, él supo rescatarlos y conservar así una parte esencial de su cultura para la posteridad.

BLANCA ORTIZ OSTALÉ

# MITOS Y LEYENDAS INUIT

## La visión inuit<sup>1</sup> del mundo

<sup>1</sup> A pesar de que el diccionario de la RAE no lo recoge, usaremos el término *inuit* en lugar de esquimal, ya que es el que ellos prefieren para referirse a sí mismos. Los inuit son, pues, «las personas», mientras que la palabra *esquimal* al parecer quiere decir «los que comen carne cruda». Para mayor simplicidad, emplearemos en adelante solo la forma plural, *inuit*, que es la que resulta más familiar, a pesar de que, como todos los sustantivos groenlandeses, tiene también una forma singular, *inuk*. En otros casos, cuando aparecen palabras en groenlandés en el texto, hemos preferido dejarlas en cursiva y usar el singular con la terminación plural habitual en español, la -s. (*Todas las notas son de la traductora*)

## La aparición de los hombres hace mucho, mucho tiempo

Nuestros antepasados hablaron pródigamente del origen del hombre y del de la Tierra hace mucho, mucho tiempo. Ellos no sabían conservar las palabras en líneas, como hacen los hombres blancos; las personas que vivieron antes que nosotros solamente contaban. Y contaban muchas cosas, tantas que hoy conocemos todas estas historias, que hemos oído narrar una y otra vez desde nuestra infancia. Las ancianas no hablan sin ton ni son y creemos sus palabras. En la vejez no hay mentiras.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando aún no existía la Tierra, cayó de lo alto; tierra, montañas y piedras, de arriba, del cielo; así apareció la Tierra.

Cuando apareció la Tierra, llegaron las personas. Cuentan que brotaron de ella. Unos niños muy pequeños surgieron de la tierra; salieron entre unos arbustos de sauce, cubiertos de follaje, y quedaron entre las ramas, pataleando con los ojos cerrados; ni gatear sabían. Su alimento lo sacaban de la tierra.

Cuentan también de un hombre y de una mujer; pero... ¿cómo? Es misterioso. ¿Cuándo estuvieron juntos? ¿Cuándo crecieron? No lo sé. El caso es que la mujer cosió ropa de niño y echó a andar. Encontró a los pequeños, los vistió y los llevó a su casa.

Así fue como hubo muchos seres humanos.

Cuando fueron numerosos, quisieron perros. Un hombre salió con una correa de perro en la mano y empezó a patear la tierra al grito de «¡Hoc! ¡Hoc, hoc!».

En ese instante, empezaron a salir perros de montículos de tierra corriendo a todo correr; y se sacudieron bien, porque estaban llenos de arena. Así fue como los hombres consiguieron perros.

Pero los hombres se multiplicaron; cada vez había más. No conocían la muerte hace mucho, mucho tiempo, y vivían muchos años; tantos que al final no podían andar, se quedaban ciegos y tenían que tumbarse.

Tampoco conocían el sol, vivían en la oscuridad; el día jamás clareaba. Solamente había luz dentro de las casas; quemaban el agua en lámparas. En aquellos tiempos el agua ardía.

Pero los hombres, que no sabían morir, empezaron a ser tantos que colmaron la tierra; entonces el mar lo arrasó todo. Muchos se ahogaron y su número se redujo. Podemos ver huellas de esta gran inundación en las cumbres más altas, donde no es raro hallar moluscos.

Cuando ya había menos personas, dos ancianas empezaron a hablar de esta manera:

—¡Qué importa no tener día si así tampoco tenemos muerte! —decía una; se ve que eso de morir se le daba miedo.

—No —replicó la otra—, ¡queremos ambas cosas, la luz y la muerte!

Y según pronunció esas palabras, así se hizo: llegó la luz y llegó la muerte.

Cuentan que cuando murió el primer ser humano cubrieron su cuerpo con piedras. Pero el muerto regresó, se ve que no sabía muy bien en qué consistía eso de morir. Asomó la cabeza y trató de subir, pero una anciana lo devolvió a su sitio de un empujón:

—¡Ya llevamos mucho peso y nuestros trineos son muy pequeños!

Se preparaban para ir de caza, de modo que el muerto tuvo que volver a su montón de piedras.

Como los hombres ya tenían luz, podían salir a cazar y no tenían que seguir alimentándose de la tierra. Y con la muerte llegaron el sol, la luna y las estrellas.

Pues cuando alguien muere, sube al cielo y empieza a brillar.

Eso solían contar nuestros antepasados, que con sus relatos nos dieron sabiduría.

Narrado por Arnaaluk